



# Glosas a Jeremías

RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo III

¿De dónde brotó la leyenda de Demócrito que ríe mientras Heráclito llora? ¿Por qué reír Demócrito? ¿Por qué llorar Heráclito? Ese Demócrito y ese Heráclito son los de la leyenda, los que nuestro Campoamor empleó para su dolora «La comedia del saber». ¿Os acordáis?

«Gime Heráclito, y a poco,  
sale Demócrito y mira,  
y al ver que el otro suspira,  
se echa a reír como un loco.»

Demócrito fué el materialista, el que todo lo componía con átomos y vacío; dos cosas—o más bien conceptos—que no cambian, que no pueden cambiar, y Heráclito fué el idealista, el que enseñó que todo fluye y que no bañas dos veces tu pie en la misma agua de una corriente. Más tarde, Hegel, descendiente de Heráclito, nos dijo que sólo es estable la inestabilidad.

¿Y por qué—decimos—es risueño, o si se quiere optimista, el materialismo democrítico de átomo y vacío, el que hace del universo un juego de combinaciones, y es lloroso, o si se quiere pesimista, el idealismo heraclítico, el que hace del universo un torrente de ilusiones que cambian? ¿Por qué ha de ser el mecanicismo alegre y el idealismo triste?

Y, sin embargo, en eso persisten los hombres. Don Quijote, el Caballero de la Triste Figura, el idealista, el que ve desfilas como un sueño su mundo de heroicidad, es melancólico y tristón, mientras que Sancho Panza, el realista, el que ríe mientras come a dos carrillos—y por reírse exasperó a su amo—, es jocundo y alegre.

¿No oísteis de Jeremías? Jeremías es el Heráclito de las Sagradas Escrituras, es el lamentoso, el llorón, el pesimista. ¿Lo fué?

Jeremías, hijo de Hileías, de los sacerdotes de Anatot, en tierra de Benjamín, habló palabras de Jehová en los días de Josías, hijo de Amón, rey de Judá, y en el año décimotercio de su reinado. Y Jeremías cantó a su pueblo

las verdades del Señor y le mostró la justicia de su cautiverio. Por esto, sin duda, le llama Renán anarquista. ¿Anarquista? No, sino amante de la verdad. Y os decimos que quien por proclamar la verdad y la justicia se expone a que sus compatriotas le desprecien, le aborrezcan, le tengan por loco o le aislen como a un apestado, es más valeroso, mucho más valeroso que quien expone su vida y se deja matar por sostener la mentira y la injusticia sobre que se sustenta su patria y de la que viven sus hermanos y sus hijos. El supremo valor consiste en decir la verdad cuando hiere a la patria. Porque toda la patria, para serlo de veras, debe ser herida por la verdad.

¿Qué vió Jeremías? Jeremías vió una olla que hierve y su cam de la parte del aquilón (cap. I. v. 13). Ahora sí que está hirviendo la olla, y no sólo el mar, sino la tierra toda. Diríase que han llegado los días que profetizó Ausias March, el encendido cantor aristotélico de Valencia, cuando, al hablar

nos de la lucha de los vientos, nos dice que

«Bullirá'l mar com la caçola'n forn,  
mudant color e l'estat natural,  
e mostrará voler tota res mal  
que sobre sí atur un punt al jorn.»

Jeremías, el Heráclito bíblico, endechó la merecida cautividad de su patria, y la hizo llorar, sentada y sola la antes populosa ciudad, sin tener quien la consolase, porque había cometido pecado. ¡Tuvo que comprar hasta el agua y la leña! «Nuestra agua bebemos por dinero, nuestra leña por precio compramos.» (Lamentaciones, V, 4.)

Jeremías sabe que las patrias pasan, pero que Jehová queda (Lam. V, 19), y por eso tiene el supremo valor de decirle la verdad a su pueblo. ¡La verdad y las verdades! Porque lo que amarga al pueblo son las verdades, así, en plural y en concreto, y no la verdad, en singular y en abstracto. Esta verdad singular es la que buscaba, sin encontrarla, Poncio Pilato, y el Cristo, que sembró verdades, verdades concretas, por el mundo, se calló al oír al procura-





dor romano preguntar qué es la verdad. Y es porque el Cristo, el Hombre, el que sembró las verdades, él era la Verdad. Y era la Verdad porque era la Palabra de Dios. Y la Palabra de Dios es Hombre.

«Viento seco de las alturas del desierto vino a la hija de mi pueblo, y no para aventar ni para limpiar.» (Jer. IV, 11.) Porque no todo viento barre las inmundicias de un pueblo y el tamo que le sofoca.

«Mis entrañas, mis entrañas me duelen, las telas de mi corazón; mi corazón ruge dentro de mí; no callaré, porque voz de trompeta has oído, oh, alma mía, pregón de guerra.» (Jer. IV, 19.) ¿Está loco este hombre o es un farsante?—se dirían los súbditos de Josías, hijo de Amón, rey de Judá, en el año décimotercio de su reinado. ¿Y qué diría Josías mismo? Porque los Josías no suelen gustar de las verdades.

«He aquí, y traigo sobre vosotros, gente de lejos, oh, casa de Israel, dice Jehová; gente robusta, gente antigua, gente cuya lengua ignorarás y no entenderás lo que hablare.» (Jer. V, 15.) Y le dieron al pueblo una ley en lengua que no entendía. Lo cual es la tiranía mayor que puede caer sobre un pueblo, y tan desolador como el despotismo. Que si el despotismo es el régimen del secreto, ¿qué mayor secreto que ser regido por ley escrita en lengua hermética y que exige truchimanes?

«No os fiéis en palabras de mentira, diciendo: Templo de Jehová, Templo de Jehová, Templo de Jehová es esto.» (Jer. VII, 4.) «Así están diciendo los optimistas democritianos, los del átomo y el vacío, que esto es Templo de Jehová. Pero habrán de salir al sol y a la luna los huesos de los reyes de la tradición. Y dirán: ¡paz!, ¡paz! Pero no habrá paz.» (Jer., VIII, 11).

«¡Oh, si mi cabeza se tornase aguas y mis ojos fuentes de aguas para que lloré día y noche los muertos de la hija de mi pueblo!» (Jer. IX, 1.) Así

dijo Jehová: «No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas; mas alábese en esto el que se hubiera de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra.» (Jer. IX, 23-24.)

Y así sigue acumulando cargos e imprecaciones sobre su pueblo, echándole como ceniza sobre la llagada cabeza, lluvia de verdades. Y por esto, porque enterró en verdades la aflicción de su patria, por esto le llama, sin duda, el escéptico Renán, a Jeremías, anarquista.

¿Anarquista? ¿Qué es eso de anarquista? Los sin patria llamó un despota a los que no se plegaban a sus caprichos imperiales. ¡Los sin patria!

¿Y qué es la patria?—podemos preguntar con muy otro sentimiento que preguntó Pilato: «¿Qué es la verdad?» ¿Qué es la patria? Que nos lo digan

los profesionales del patriotismo, los que tienen la avilantez de hacer profesión y casi carrera del patriotismo. ¿Qué es la patria?

Hay un patriotismo democritiano, materialista, de átomo y vacío, que nos manda no llorar y no sembrar verdades antipatrióticas, un patriotismo que espera a Judas Macabeo y a Judas el Galileo, hijo de Ecequías, y este patriotismo acaba siempre pagando al César la moneda en que la efigie del César está acuñada y haciendo que su Procurador mande crucificar, por rebelde y antipatriota, al Cristo, al Mesías.

Pero todo pasa, según enseñó Heráclito, al que la leyenda nos pinta llorando; todo pasa menos la idea, todo pasa menos la Historia, que es el cauce sobre que las olas de los hechos ruedan; todo pasa menos el Hombre. El Hombre es siempre lo que queda. ¡Aleluya!

MIGUEL DE UNAMUNO

